

PREGUNTARSE EL PORQUÉ

UN SUSTENTO DE LA DUDA ESCÉPTICA DENTRO DE LA PROPUESTA TARDÍA DE WITTGENSTEIN

Resumen: La propuesta tardía de Wittgenstein presenta una defensa de la manera común de entender el mundo, en donde no entran las preguntas de corte escéptico, es decir, las preguntas filosóficas (como, por ejemplo, la duda sobre la existencia del mundo, o sobre los sentidos). Este planteamiento se presenta de una manera notoria y parece ser coherente y completo. Sin embargo, surge un problema, y es que las preguntas escépticas *se dan* en nuestra forma de vida. Este artículo es una manera de admitir la posibilidad de formulación de dudas de corte escéptico sin que se afecte el sistema que propone Wittgenstein. El objetivo es introducir la posibilidad de hacer algo que, en efecto, es posible hacer.

Palabras clave: Wittgenstein, forma de vida, juegos de lenguaje, imagen del mundo.

Abstract (*Asking Why*): Wittgenstein's late proposal presents a defense of the common way of understanding the world, in which there is no room for questions of sceptical character, i.e. philosophical questions (such as the doubt about the existence of the world, or about the senses). This proposal is presented in a notorious way and seems to be coherent and complete. However, a problem rises, namely that sceptical questions *are given* in our way of life. This paper is a way of admitting the possibility of the formulation of doubts of sceptical character without affecting the system proposed by Wittgenstein. The purpose is to introduce the possibility of doing something that in fact is possible to do.

Keywords: Wittgenstein, way of life, language games, image of the world.

La propuesta que Wittgenstein plantea en *Sobre la certeza* parece estar dirigida al tipo de dudas que atacan aquello que presuponemos al actuar, dudas que, según este planteamiento, no tienen cabida dentro de nuestro lenguaje práctico, ya que éste se origina, precisamente, en nuestros actos. Wittgenstein basa este planteamiento en la interdependencia de tres conceptos: forma de vida (*Lebensform*), juegos de lenguaje (*Sprachspiele*) e imagen del mundo (*Weltbild*). Estos tres conceptos son inseparables, y juntos logran erradicar las dudas escépticas. Sin embargo, tales dudas, incluso siendo imposibles dentro de nuestro juego de lenguaje, pueden ser planteadas con seriedad. ¿Es posible que Wittgenstein rechace cualquier duda de este tipo como un simple error en el uso del lenguaje? A primera vista sí, pero, a través de un detallado examen de la propuesta que Wittgenstein expone en *Sobre la certeza*, me propongo demostrar que se puede inferir un sistema paralelo para este tipo de planteamientos (las dudas escépticas) que no se rija por esta interdependencia, y que haga posible un espacio dentro del cual puedan formularse sin problema.

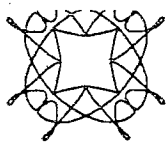
Las preguntas escépticas tienen la propiedad de ser imposibles de satisfacer, ya que a cualquier intento de respuesta se le puede cuestionar su validez, creándose así una nueva pregunta escéptica. Ante este problema, la propuesta de Wittgenstein es mostrar que, cuando este tipo de preguntas va dirigido hacia algo que se presuponga en nuestras acciones, el planteamiento mismo de la pregunta no tiene sentido alguno.¹ Wittgenstein

NICOLÁS
CUÉLLAR

nicolas_cuellar@hotmail.com

Universidad
Nacional
de Colombia

¹ Algunos ejemplos de este tipo de preguntas son los siguientes: ¿me engañará mi memoria constantemente?, ¿existe el suelo que piso?, etc. Es a este tipo de dudas escépticas al que me referiré de ahora en adelante.

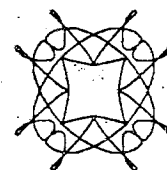


² Cuando Wittgenstein habla de reglas lógicas, se refiere a las reglas de carácter empírico que se presuponen en nuestros actos, y, por lo tanto, en nuestro juego de lenguaje.

muestra, en efecto, que el lenguaje no puede explicarse dentro de una esfera puramente gramatical ni teórica, pues este sentido está dado por nuestros actos. Como señala Juan J. Botero, «*lo que pensamos y decimos sólo puede entenderse en su contexto vital, cotidiano, en el uso ordinario que hacemos de las palabras*» (2001: 222), es decir, las palabras que utilizamos sólo tienen sentido dentro de nuestra forma de vida, que es el entorno en el cual transcurren nuestros actos: «*Nuestro hablar obtiene sentido del resto de nuestra actuación*» (Wittgenstein 1969: §229). Cuando aprendemos un lenguaje, por lo tanto, éste viene contextualizado por las reglas implícitas en la forma de la vida de la cual hacemos parte.

Estas reglas son muy similares a las de un juego, pues son impuestas a través de la práctica, en donde no es posible dudar de ellas; es decir, al ser impuestas por nuestra forma de vida, constituyen el eje sobre el cual basamos nuestro lenguaje (es por este carácter impositivo que Wittgenstein llama al lenguaje 'juego de lenguaje'). Consideremos un juego de ajedrez: un jugador aprendiz puede preguntar a su oponente cómo se mueve un alfil, ante lo cual el oponente le mostraría el movimiento correspondiente; pero si el aprendiz le pregunta por qué se mueve de esa forma, la única respuesta posible es «porque así es el juego». El movimiento del alfil no puede dudarse porque es sobre este movimiento que se basa el ajedrez, el movimiento es una regla del juego porque está presupuesto para poder jugar. Esto ocurre de forma similar en nuestro juego de lenguaje, pues, al tener sentido a través de nuestra forma de vida, debe adoptar como indudables aquellas proposiciones que nosotros presuponemos para actuar. Este sistema de reglas, constantemente explicitado por el juego de lenguaje, forma nuestra imagen del mundo, que es «*una configuración de convicciones, certezas o saberes prácticos, de una forma de vida*» (Botero 2001: 224). La imagen del mundo puede ser entendida como aquello a lo cual el juego de lenguaje está haciendo constante referencia, siempre contextualizado a partir de nuestra forma de vida. Las reglas en las que se basa nuestro juego de lenguaje son, como ya vimos, los presupuestos que necesitamos para actuar, y éstos constituyen proposiciones que no pueden, dentro de este juego de lenguaje, ser puestas en duda. Hay innumerables proposiciones de este tipo, como «tengo dos manos» o «hay objetos físicos» o «mi memoria no me engaña constantemente». Todas estas proposiciones, como puede verse, son de carácter empírico (es decir, propias del sentido común, faltas de sustento), pero dentro del sistema son vistas como reglas indudables. La diferencia entre una de estas reglas y una proposición empírica que no es tomada como regla es difusa, como muestra Wittgenstein: «*Pero ¿no debería decirse que no hay un límite claro entre proposiciones lógicas y empíricas? La ausencia de claridad se da, precisamente, en los límites entre regla y proposición empírica*» (1969: §319)²; principalmente porque no es posible determinar con claridad cuáles son las proposiciones que consideramos reglas y cuáles no.

La dificultad de esta diferenciación se basa en el hecho de que las proposiciones cambian de *status* constantemente, es decir, pasan de regla a proposición empírica y viceversa con el paso del tiempo. Este cambio constante hace muy difícil concebir una diferencia clara entre una regla y una proposición empírica, pero Wittgenstein muestra que la solidez de una regla sólo se concibe a través de la cantidad de proposiciones que estén ligadas a ella, y muestra una maravillosa analogía al respecto: «*Podríamos imaginar que algunas proposiciones, que tienen la forma de proposiciones*



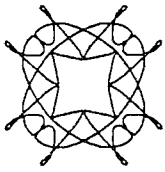
empíricas, se solidifican y funcionan como un canal para las proposiciones empíricas que no están solidificadas y fluyen» (1969: §96). Con esto, intenta mostrar que las proposiciones que funcionan como reglas de base son consideradas como tales únicamente porque sostienen el flujo de todas las demás.

Lo más importante de estas reglas es que no sólo son indudables, sino que no tiene sentido plantearlas como indudables dentro del juego de lenguaje, pues inmediatamente se vuelven absurdas ¿Qué pasaría si, al caminar por la calle con un amigo, le dijera «no debes preocuparte de que esta calle no exista»? Esta proposición ('la calle existe') es uno de nuestros presupuestos para caminar, es decir, presenta el mayor grado de certeza posible (no puede encontrarse un sustento para apoyar el hecho de que en efecto suceda que la calle existe); entonces ¿por qué adopta ese carácter absurdo al ser pronunciado? Precisamente por eso: al ser una de las reglas que fundamenta mi actuar, afirmarlo implica proponerlo como si fuera una proposición empírica más. «*Si lo verdadero es lo que tiene fundamentos, el fundamento no es verdadero, ni tampoco falso*» (Wittgenstein 1969: §205). Pronunciar una regla implica inmediatamente atribuirle un valor de verdad, es decir, implica *juzgarla*.

Decir «no debes preocuparte de que esta calle no exista» es lo mismo que decir «sé que la calle existe». El hecho de decir que sé algo es verdaderamente problemático, ya que saber algo requiere un tipo de comprobación de ese saber. Para aclarar este punto, que es sumamente importante y que Wittgenstein trata con mucha delicadeza³, es preciso comenzar por el uso cotidiano de la aseveración *sé*. Cuando se me hace una pregunta de la cual sé la respuesta, esto implica que esta respuesta estará fundamentada en algo que prueba que yo estoy en lo correcto. «¿Cuándo se descubrió América?» —«En 1492. Lo sé, lo leí en un libro». Este ejemplo muestra claramente que nuestro uso del concepto *saber* implica un elemento de convencimiento general, es decir, un sustento que, además de ser válido para aquel que da la respuesta, sea aprobado por aquel que pregunta. «¿Está él ahí?» —«Sí.» —«¿Cómo lo sabes?» —«Lo vi entrar». Este *saber*, para poder ser expuesto, necesita siempre de un grado de certeza (de un *saber*) mayor que él. El preguntar mismo supone que aquello que se pregunta puede ser fundamentado por una certeza mayor. Por lo tanto, es absurdo plantear que sé algo que no tiene un sustento de mayor certeza, como es el caso de cualquier regla de mi juego de lenguaje. Decir que sé que los objetos físicos existen es tan erróneo como plantearse la duda de si existen o no (la duda escéptica). Es por eso que, dentro de nuestro juego de lenguaje, no es coherente enunciar este tipo de proposiciones, pues no es posible juzgarlas. Las reglas de nuestro juego de lenguaje son la prueba de que éste no se basa en un razonamiento, sino en nuestra forma de vida, ya que la posibilidad de comprobación termina en los fundamentos de nuestras acciones. «[...] *el término no es una presuposición sin fundamentos sino una manera de actuar sin fundamentos*» (Wittgenstein 1969: § 110).

Hasta aquí, nuestro juego de lenguaje está maravillosamente esbozado, así como su conexión con nuestra forma de vida y la coherencia de nuestra imagen del mundo. Ya ha quedado claro además que este planteamiento se limita a rechazar el planteamiento mismo de las dudas escépticas, ya que dentro de esta imagen del mundo no es posible formularlas. Pero ¿dónde adquieren sentido, entonces, estas dudas? Wittgenstein asegura que no tienen sentido dentro de nuestra vida diaria, a lo cual

³ Wittgenstein, a través de *Sobre la certeza*, muestra innumerables consecuencias sobre el uso (y sobre el mal uso) de este término. En este trabajo me limitaré a las consecuencias que ayudan al avance de mi búsqueda.

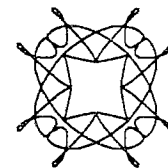


no hay nada que objetar, pero ¿implica esto que el planteamiento de este tipo de dudas es simplemente un error en el uso del lenguaje? ¿No podría suceder que estas preguntas adquieran sentido dentro de otro juego de lenguaje?

Vassiliki Kindi, cuando se hace la pregunta acerca de la posible admisión de un juego de lenguaje para las proposiciones filosóficas (las que asocian conocimiento con certeza), responde: «*Creo que Wittgenstein no permitiría esto porque las proposiciones que la filosofía produce como cimientos epistemológicos de último término no son proposiciones genuinamente empíricas que puedan ser verdaderas o falsas [...] su uso consiste en no tener un uso concreto*» (1998: 301). Con respecto a lo primero estoy completamente de acuerdo: las proposiciones filosóficas (y con éstas, las escépticas en general) no tienen fundamentos empíricos, lo que implica que el lenguaje utilizado para proponerlas no puede estar contextualizado por nuestra forma de vida. Sin embargo, mantengo mis reservas frente a la última aseveración, pero al respecto me explicaré más adelante. Kindi, unas líneas más abajo, previene que «*si uno acepta como legítimo el juego de lenguaje de la filosofía, entonces se debe abandonar la visión wittgenstaniana del sentido como uso, y todo lo que va con esto*» (1998: 302), lo cual tiene perfecto sentido si se acepta un juego de lenguaje filosófico dentro de nuestro juego de lenguaje, o incluso si aceptamos que este juego de lenguaje está fundamentado en una forma de vida.

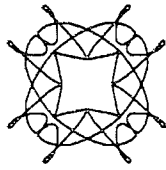
«*Un alumno y su maestro. El alumno no deja que se le explique nada ya que, a cada momento, interrumpe al maestro con dudas acerca de, por ejemplo, la existencia de las cosas, el significado de las palabras, etc.*» (Wittgenstein 1969: § 310). Ante un caso como éste, Wittgenstein asegura que «*el alumno todavía no ha aprendido a preguntar. No ha aprendido el juego que queríamos enseñarle*» (1969: § 315). Ahora, comparemos este ejemplo con el siguiente: un científico de finales del siglo XVIII se pregunta de dónde salen las ratas. Un colega le responde: «del polvo». —«¿Por qué lo sabes?» —«Porque así es la generación espontánea.» Pero cuando el científico le pregunta a su colega cómo sabe que la generación espontánea se da, el colega se debe sentir como se siente el maestro frente al alumno. Sin embargo, es evidente que la duda del científico tiene un gran valor para el avance de la ciencia como la conocemos hoy en día. ¿Podríamos decir que la duda del científico es un simple error en el uso del lenguaje? A mi parecer, no. El problema es que esta duda no puede plantearse —es cierto— dentro del juego del lenguaje de los científicos del siglo XVIII, no con el sentido que le da al lenguaje esa forma de vida. En otras palabras, esta duda no viene contextualizada por los actos; pero la duda se da.

Retomemos: Cada uno de nosotros en nuestro actuar corriente (en nuestra forma de vida) presupone ciertas cosas que, en nuestro juego de lenguaje, devienen en enunciados absolutamente indudables. La aplicación de nuestro juego de lenguaje dentro de nuestra forma de vida nos da nuestra imagen del mundo. Dentro de esta imagen del mundo, hay ciertos enunciados que no pueden ser juzgados, pues constituyen el máximo nivel de certeza. Sin embargo, es posible llegar hasta este tipo de proposiciones y comprenderlas, es decir, enunciarlas con sentido. Pero hacerlo implica concebirlas como proposiciones sujetas a comprobación, lo que contradice las reglas impuestas por nuestra forma de vida.



La solución, en este caso, no es alejarse de la pregunta, sino concebirla por fuera de nuestra forma de vida. Esto es fácilmente comprobable, ya que, en cualquier momento de nuestra vida, podemos plantearnos la pregunta «¿me engaña mi memoria constantemente?» y tratar de sustentar nuestra respuesta. La única posibilidad de decir «yo sé» y referirse a un presupuesto de nuestra forma de vida sin caer en el absurdo es, por lo tanto, alejarse de ella. Lo más importante es comprender que, al hacer esta aseveración, se está dejando de *actuar*, pues no puede tener cabida dentro de nuestras acciones cotidianas, dentro de nuestro juego de lenguaje. Pero sí cabe planteársela dentro de un nuevo juego de lenguaje, en el que las proposiciones indudables son tratadas como simples hipótesis. Este nuevo juego de lenguaje no es en ningún momento compatible con el nuestro, pero nace a partir de la comprensión de las reglas de este último.

La relación que el nuevo juego de lenguaje tiene con las reglas del antiguo (el nuestro) es muy peculiar: el nuevo juego de lenguaje se basa en la posibilidad de preguntarse el porqué de nuestros presupuestos, creando así una imagen del mundo en donde se puede tratar de sustentar estas reglas, imposibles de analizar en nuestro juego de lenguaje. Es evidente que no es posible moverse dentro de este nuevo juego, pues las reglas que se busca sustentar son las presupuestas en nuestras acciones, por lo que éste sólo puede observarse. Tomemos como ejemplo la proposición «sé que existen objetos físicos». Esta proposición no es dudable dentro de nuestro juego de lenguaje, ni siquiera es coherente pronunciarla, pero puede analizarse si con ella se accede a este nuevo juego de lenguaje y en él se cuestiona: «¿Existen objetos físicos?» Esta pregunta está sustentada en una imagen del mundo en la que los objetos físicos pueden ser dudados, imagen que se crea en el momento en que se le da un sentido a la pregunta, pues es este sentido el que permite acceder a esta nueva imagen del mundo; sin embargo, tratar de responderla implica inmediatamente que exista una certeza mayor que la de la proposición «existen objetos físicos». Esto requiere una aclaración: recordando la explicación acerca de la fundamentación, una pregunta sólo puede formularse (y responderse) cuando existe una certeza mayor que la sostenga. Ésta es la razón por la cual no se pueden hacer preguntas acerca de las reglas de nuestro juego de lenguaje dentro de él. Ahora bien, en el nuevo juego de lenguaje este fundamento básico (la existencia de los objetos físicos) puede ser analizado, es decir, cuestionado, lo que muestra que en este nuevo juego lo que se intenta es buscar un posible sustento para ellas. En la mayoría de los casos, sin embargo, el nuevo juego de lenguaje aparece únicamente cómo un campo libre para plantearse preguntas sin respuesta. Cualquier persona, en cualquier momento, puede preguntarse seriamente por qué es que no duda del suelo que pisa, por qué asume que su próximo paso no seguirá derecho en el vacío, utilizando así, mediante la búsqueda de una respuesta, una imagen del mundo en donde la solidez del suelo necesita ser sustentada con algo más seguro. Es muy poco factible que se encuentre una respuesta satisfactoria, por lo que la pregunta quedará simplemente planteada con un fundamento diferente de su caminar. Sin embargo, hay algo que todavía no está claro: ¿cuál es la utilidad de este nuevo juego de lenguaje? Wittgenstein deja de manifiesto que el único sustento necesario para estas proposiciones son nuestros actos, y toda su propuesta apunta a



Nicolás Cuéllar

⁴ Se podría objetar que este proceso no trajo consigo una nueva regla, lo cual es absolutamente cierto en este caso. El nuevo juego de lenguaje mostró que una de las reglas del antiguo no tenía que ser presupuesta dentro de la imagen del mundo de los científicos del siglo XVIII para que ésta siguiera en pie. La nueva regla llegará con las experiencias que traiga esta nueva imagen del mundo.

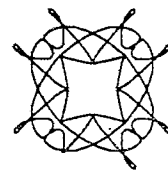
⁵ G. Moore, por ejemplo, en su prueba del mundo exterior, comete el error de buscar una respuesta en nuestra forma de vida a una pregunta que se hace dentro de este nuevo juego de lenguaje. Es esto lo que le critica Wittgenstein repetidas veces, porque dentro de nuestro juego de lenguaje no cabe el planteamiento y, por lo tanto, no es ahí donde se puede dar la respuesta.

eliminar el tipo de dudas que atentan contra ellas. ¿Con qué motivo volver a plantear preguntas que no se pueden responder?

Pues bien, como muestra Wittgenstein, las reglas sobre las cuales se basa nuestro lenguaje son, en efecto, indudables; pero, como ya vimos, estas reglas están sujetas a un cambio. El cambio de una regla por otra se da a través de la duda de la antigua, que se valida en todas las otras reglas vigentes, para así tratar de fundamentar esta duda con una certeza mayor; para demostrar que es más complicado seguir apoyando la antigua regla por encima de la nueva dentro de nuestro juego de lenguaje: es evidente que apoyar la generación espontánea no tiene sentido dentro del juego de lenguaje que se funda en la forma de vida contemporánea. Sin embargo, la posibilidad de duda de esta regla no pudo haberse dado dentro del juego de lenguaje del siglo XVIII, pues antes de encontrar una proposición empírica que la reemplazara, se debió haber sometido la regla a un análisis.

Este análisis sólo puede hacerse dentro del nuevo juego de lenguaje, pues es ahí donde la regla tiene sólo valor de hipótesis, lo que permite tener una imagen del mundo en la que esta regla deba ser sustentada para ser válida, buscando así una regla más fuerte que la reemplace. Cuando el científico pone en duda la generación espontánea, busca un fundamento mayor para el fenómeno que ésta sustenta, es decir, busca algo más seguro que la generación espontánea. En un primer momento, la duda del científico está al mismo nivel que la de aquel que duda acerca del suelo, pero cuando este científico encuentra que puede moverse dentro de su nuevo juego de lenguaje, en el que esta regla no se ve como regla, las cosas empiezan a cambiar: en el momento en que la duda de una regla (la duda escéptica) no interfiere con el resto de las reglas que presuponen nuestros actos, esta regla ha sido fluidificada; lo que implica que el nuevo juego de lenguaje logró crear una imagen del mundo (en este caso, una imagen del mundo en la que una regla antes indudable ya no es regla) que sí se fundamenta en todos los presupuestos de nuestra forma de vida. Todas las reglas de su juego de lenguaje quedan intactas menos ésta, haciendo más difícil seguir apoyando esta última que no hacerlo.⁴ De esta manera se aclara la necesidad de un juego de lenguaje que no se apoye en nuestra forma de vida sino que nazca a partir de la posibilidad de análisis de sus reglas.⁵

Por lo tanto, la concepción de un nuevo juego de lenguaje que posibilite el planteamiento de dudas escépticas no sólo es factible dentro de la propuesta wittgenstianiana, sino que ayuda a aclarar el constante cambio de las reglas en las que se basa nuestro juego de lenguaje. Todo, efectivamente, termina sustentándose en nuestros actos: de vez en cuando nos sentamos a pensar un mundo posible, y luego volvemos a caminar.



BIBLIOGRAFÍA

BOTERO, Juan José.

(2001). «La noción de 'Imagen del Mundo'». En: *El pensamiento de L. Wittgenstein* (ed. J. J. Botero). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

KINDI, Vassiliki.

(1998). «Is Wittgenstein's Resort to Ordinary Language an Appeal to Empirical Facts?». En: *Metaphilosophy* 29 (4), 298 – 305.

MOORE, George Edward.

(1972). *Defensa del sentido común y otros ensayos* (trad. C. Solís). Madrid: Taurus.

WITTGENSTEIN, Ludwig.

(1969) *Sobre la certeza* (trad. J. L. Prades & V. Raga). Barcelona: Gedisa.

Recibido el 1 de abril de 2005

Aceptado el 20 de abril de 2005